

## Capítulo XI.

Cuando la mujer quiere....

La noche anterior el día de la entrevista de Guacolando con Motezuma, habia Marina fascinado con su conversacion al monarca.

—Aun á riesgo de ser indiscreta,—le dijo,—voy á relevaros un secreto.

—¿Cual?—preguntó con curiosidad el monarca.

—Antes de partir Hernan Cortés, reconociendo que su rey es heredero legítimo del imperio de Méjico, por ser descendiente del gran Quetzalcoal, declarásteis solemnemente que pasaria á sus sienes vuestra corona.

Pues bien; al hablar Hernan Cortés con sus capitanes de este suceso, les dijo que era casi seguro que al saber el rey de los españoles vuestra determinacion mandase una gran embajada para buscaros, con

el objeto de que fuérais á su reino y se os tributaran en él grandes honores.

Después de pronunciar estas palabras, le hizo pinturas magníficas del país de los españoles, embelesando con ellas al monarca.

Aquella noche no pudo ni aun en sueños apartar de su imaginacion la idea del triunfo y la ovacion que le preparaba el rey á los españoles.

Todavía se hallaba bajo esta impresion, cuando se presentó Guacolando á su vista.

Para preparar el ánimo del monarca á la resolucion que deseaba obtener, se presentó á sus ojos azorado.

—¿Qué tienes, mi fiel Guacolando?—le preguntó Motezuma.

—¡Ah, señor! ¡Cuántas desgracias nos amenazan!

—¿Pues qué sucede?

—Tiemblo solo al pensar que no tengo más remedio que revelároslas.

—Habla; me pones en cuidado.

—Los mejicanos, señor, estan profundamente afligidos, y su pena avanza rápidamente á la desesperacion.

—¿Por qué causa?

—Porque no pueden conformarse con la idea de que vivais lejos de vuestro palacio, de que no asistais como antes á las audiencias, de que no os presentéis en público, de que no salgais á los templos, de que no comais en su presencia como otras veces, dándoles muestras del aprecio que os inspiraban.

Este alejamiento en que vivis de ellos, les hace creer que estais prisionero, y que si vivis de esa manera es por que os lo exigen así los españoles, y la indignacion contra ellos se aumenta de dia en dia, hasta el punto de inspirar cuidados, porque será difícil contenerlos.

—No, Guacolando, no estoy preso,—repuso el monarca;—estoy aquí por mi voluntad, y si en la ausencia de Hernan Cortés vivo más retirado que antes, es por que de este modo quiero mostrar que no es la fuerza lo que me domina, sino el deseo de no dejar un átomo de duda siquiera acerca de mi lealtad á los españoles.

—¿Y qué motivo, señor, os impulsa á obrar de esa manera?

—¿Por ventura ignoras que son los descendientes del gran Quetzalcoal, que mi corona y mi cetro no me pertenecen, porque eran de aquel insigne varon que nos abandonó, y cuya descendencia debe ocupar el trono?

Guacolando, tú eres mi fiel amigo, á tí puedo confiarle mis más secretos propósitos.

Cumpliendo mi deber, he decretado que á mi muerte herede el trono el rey de los españoles.

—¿Qué habeis hecho, señor?—exclamó vivamente Guacolando.

—Ya te lo he dicho: cumplir con mi deber,

—Si el pueblo sabe eso, su desesperacion será mayor.

—Poco me importa que lo sepa.

—Al ménos, complacedle para apaciguarle: abandonad este recinto, salid como antes, trasladaos á palacio.

—Mientras Hernan Cortés esté ausente, no.

—Ved, señor, que será muy difícil calmar los ánimos que están exacerbados.

—Mi palabra, si es necesario, los calmará.

—Temo que no.

—De cualquier modo, mi resolución es irrevocable.

Viendo Guacolando lo inútil de sus esfuerzos, y sabiendo además la resolución que habia tomado Motezuma, se resolvió á buscar en la violencia el medio de devolver á Méjico la paz y el esplendor de otros dias.

Inmediatamente fué á ver al príncipe de Iztacpalapa, y le refirió el resultado de su entrevista con el emperador.

El príncipe:

—Hemos hecho cuanto podíamos hacer,—dijo;—cúmplase ahora la voluntad del pueblo.

Guacolando se dirigió al templo mayor, y conversó con los teopixques más influyentes.

Todos convinieron en que era necesario aprovechar los momentos para defender á Méjico del conflicto que le amenazaba.

A la noche siguiente hubo en el templo una gran reunion, á la que asistieron, no sólo los sacerdotes, sino los príncipes más notables del imperio.

El príncipe de Iztacpalapa se abstuvo de asistir.

Guatimozin se encontraba en Tacuba, y conociendo todos su carácter, no le llamaron.

Guacolando expuso en aquella reunion misteriosa todo lo que pasaba.

Un grito unánime partió de aquella asamblea.

Todos convinieron en que era necesario sorprender á los españoles, destruirlos, librar á Motezuma de su opresion, exigirle que volviera á su palacio, y si resistia á ello, destronarle y poner la corona en las sienas de Quetlahuaca.

—Una ocasion favorable se nos presenta para realizar nuestro plan,—dijo Guacolando.—Dentro de breves dias tenemos que celebrar una de las grandes festividades del imperio.

No habreis olvidado que de cincuenta en cincuenta años se entrega el pueblo á grandes festejos, celebrando en honor de sus dioses las fiestas *mitotes*.

Como siempre, asistirán todos los mejicanos á la gran plaza de Tlatelulco.

Los españoles acudirán por curiosidad á presenciar nuestros festejos.

Nada más facil entonces que levantar nosotros nuestra voz, y capitaneando á los mejicanos, sorprender á los extranjeros, luchar con ellos y no dejar uno vivo.

Todos aprobaron el proyecto.

—Pero es preciso que no sospechen nada,—dijo uno de los conjurados.

—El mejor medio de conseguirlo, es simular ha-

cia ellos gran respeto, pidiéndoles permiso para celebrar esa fiesta.

—Tambien debemos exigir á Motezuma que asista á ella.

—Eso desde luego.

—Al verse entre sus vasallos sacudirá el yugo, recordará su antigua gloria, y se unirá á nosotros para libertar á su pueblo.

Todos convinieron en realizar aquel plan, y llevarle á cabo con el mayor sigilo.

Algunos dias despues Guacolando volvió á ver al emperador.

—No ignorais, señor,—le dijo,—que se acerca el dia en que debemos celebrar los *mitotes*.

Tal vez concediendo al pueblo ese dia de alegria lograreis calmarle.

Pero como nada queremos hacer que os disguste, y como sabemos que guardais tantas atenciones á los españoles hemos resuelto que le manifesteis nuestro deseo de pedirles licencia para llevar á cabo esa funcion.

Alegró en extremo á Motezuma la humildad con que hablaba Guacolando, y aquel mismo dia llamó á Pedro de Alvarado para comunicarle el deseo de su ministro.

Alvarado, como era natural, se dió tono y declaró al monarca que al dia siguiente recibiria á los encargados de pedirle licencia.

Acudieron estos, y aquella ceremonia sirvió á los teopixques para avivar más y más en el corazon de los mejicanos el ódio que sentian hácia los españoles.

—¡A qué extremo hemos llegado!—les decían.— Para celebrar una de nuestras grandes fiestas, tenemos que pedir licencia á los extranjeros, y el mismo Motezuma, nuestro emperador, es el primero que consiente en que arrostramos esta humillación.

Semejantes palabras avivaron más y más el rencor de los mejicanos, y todos aceptaron con júbilo la idea de convertir la fiesta en hecatombe de los extranjeros.

Alvarado recibió á los ministros, tratándoles con altanería, y respondió á su súplica diciéndoles:

—Os concedo permiso para que celebreis esa fiesta, seguro de que no altereis el orden; y tengo esta seguridad, porque si lo alteráseis, bastarian las fuerzas que tengo para sofocar cualquiera insubordinación.

Desde aquel día comenzaron á hacerse los preparativos para la gran solemnidad.

Marina estaba pensativa.

No comprendía aquella humildad, aquella mansedumbre de parte de los mejicanos, y se propuso observarlos.

Una de las órdenes que habian recibido los mejicanos, era ir depositando poco á poco sus armas en las casas del barrio más próximo al cuartel de los españoles para apoderarse de ellas en un momento dado.

Marina llegó á saberlo y lo comunicó á Alvarado.

---

## Capítulo XII.

---

### Una emboscada

A pesar de los esfuerzos que hacian los teopixques para resolver á los mejicanos á combatir contra los españoles, estos, que deseaban el combate, se resistían sin embargo, porque para ello no habia perdido aún todo su prestigio Motezuma, y no faltaba entre ellos quien manifestase que atacar á unos hombres á quienes prodigaba el emperador, era lo mismo que rebelarse contra él.

Dadas las condiciones del pueblo mejicano, esta rebelión era difícil.

—Consentimos en ayudaros,—dijeron á los que capitaneaba por gremios á los mejicanos,—si Motezuma asiste á las fiestas y nos autoriza á combatir para defenderle.

En vista de aquellos escrúpulos, convinieron los conspiradores en ver de nuevo á Motezuma y suplicarle que asistiera á la fiesta.

Habia poderosos motivos para que el pueblo se disgustase si dejaba de asistir.

Guacolando se encargó de conferenciar con el emperador y los expuso.

—Ya sabeis, señor,—dijo,—que la fiesta que debe celebrarse sólo tiene lugar de cincuenta en cincuenta años y que hasta ahora nunca ha faltado á ella el soberano de Mejico en cuyo reinado ha tenido lugar.

Si vos faltais, el pueblo lo interpretará como un desprecio, y yo, que estoy seguro de que será sumiso á vuestras órdenes, que hará los mayores sacrificios por vos si tomais parte en su regocijo, no respondo de su desesperacion si os obstinais en no aceptar.

Aquellas razones hicieron mella á Motezuma.

No podia, en efecto, negarse á una invitacion, porque su negativa podia significar á su pueblo, ó que le despreciaba, ó que, como presumia, estaba en poder de los españoles, y no le era posible disponer á su antojo de su persona.

A fuerza de instancias, de súplicas y hasta de amenazas, logró Guacolando arrancar á Motezuma la palabra de que asistiera á la fuerza, y la noticia no tardó en circular, aumentando el regocijo de los mejicanos.

Pero aquel regocijo no significaba su alegría por que el emperador se viese entre ellos y asistiese á aquella solemnidad.

Significaba la esperanzas de sacudir el yugo de los extranjeros, de libertar á la patria de su ominosa presencia, y de realizar con un supremo esfuerzo la felicidad de épocas no lejanas.

Cuando los nobles de la córte pudieron anunciar que Motezuma honraria con su presencia la festividad en la plaza de Tlatelulco, continuaron con más actividad los preparativos para la lucha.

Marina llegó á tener el convencimiento de que los mejicanos conspiraban contra los españoles.

Alvarado, que al quedarse sólo representando á Hernan Cortés, habia cobrado ciertos humos, y trataba con altanería al mismo Motezuma, no pudo resistir á la influencia de la jóven india.

Como el lector recordará, esta habia llegado á dominarle, y puede decirse que á la sazón sólo ella en Méjico era la que podia contener los ímpetus del valeroso capitan español.

—Preparaos, Alvaro,—les dijo;—nos tienden una emboscada.

—No es posible.

—Yo os lo aseguro.

—¿Qué motivos teneis para creerlo?

—Lo que han visto mis propios ojos

—¿Y qué han visto?

—Han visto llegar recatadamente multitud de indios al barrio próximo al cuartel que ocupamos, y depositar en las casas armas, que en un momento dado les servirán para atacarnos.

—No es posible que se atrevan á semejante cosa.

—Su desesperacion es grande, y como ven que nuestras fuerzas son escasas, tienen derecho para creer que alcanzarán el triunfo.

—¿Motezuma sabe algo acerca de esos proyectos? — preguntó Alvarado á la jóven india.

—No lo sé, —contestó esta.

—Voy á pedirle cuenta en este instante de la conducta de sus vasallos.

—Haceis muy mal.

—¿Por qué?

—Por que hasta ahora hay motivos para suponer que está de buena fé con nosotros.

Tal vez esa actitud es hija de la creencia que tiene de que ha perdido el prestigio que tenia sobre su pueblo.

Si sabe que se dispone á combatir, sospechará sin duda alguna que le incita al combate algun príncipe que desea arrebatárle el cetro de las manos, y por no perderle, sacrificará en aras de su conveniencia la fidelidad que ha jurado á Hernan Cortés, corriendo á ponerse al frente de los sublevados, en cuyo caso no sé lo que podrá sucedernos.

—Estando en mi poder no es posible.

—Si él se obstinase en partir, tendríais que emplear la fuerza para evitarlo, y en ese caso se indignaría el pueblo y justificaria cualquier atentado que cometiéseis.

—¿Qué pueden hacer esos miserables, que se desmayan al solo estampido de nuestros cañones?

—Esos hombres, que en una fiesta se muestran

tan cobardes, por defender á su rey, por devolver á la patria la independencia, serán capaces de los mayores sacrificios.

—¿Y qué me importa? Yo haré entender á Motezuma...

—No hareis eso, —dijo Marina;—oídme, y seguid mi consejo.

Alvarado obedeció á pesar suyo.

—Motezuma ha ofrecido á sus ministros que asistirá á la fiesta, porque el pueblo reclama la presencia de su rey.

—Después de haberse negado, ha consentido...

—No ha podido ménos; ha cedido á las súplicas de sus consejeros.

—Pues es preciso evitar que salga de nuestro cuartel.

—¿Qué duda tiene?

—Y ahora mismo voy...

—No; dejad al pueblo, que espera verle en la solemnidad que con tanto afán prepara.

—A juzgar por los síntomas que he notado, —dijo Alvarado,—los mejicanos tienen miedo; porque si no lo tuvieran, al ver tan pocos españoles se atreverían á atacar de frente.

—Cuando buscan rodeos, cuando se valen de celadas, conviene más seguir su ejemplo, observarlos atentamente, estar sobre aviso, y anticipar una sorpresa á la suya.

Dejad á mi cuidado el advertiros lo que debéis ha-

cer, y culpádme luego si me equivoco en mis planes.

Alvarado cedió á las instancias de Marina pero no dejó de estar sobre aviso, impidiendo á sus soldados que permaneciesen fuera del cuartel, sobre todo desde el anochecer.

---

### Capítulo XIII.

---

#### La fiesta de los mitotes.

Llegó el día en que debía celebrarse la fiesta de los mitotes.

La gran plaza de Tlatlelulco presentaba un aspecto deslumbrador.

Las tiendas estaban cerradas, y ocultas bajo telas de algodón de vistosos colores.

Las mejicanas habían tejido guirnaldas de flores y hojas, y en torno de la plaza las habían colgado caprichosamente, dándole un aspecto fantástico.

Como los conjurados sabían cuál iba á ser el desenlace de aquella función, hicieron que la emperatriz y sus dos hijos se trasladasen á Tacuba, para que no sufriesen las consecuencias del combate que iba á tener lugar.